

un punto de atractivo al arqueólogo, al filósofo y al pensador, que no dejan de sentirse hondamente preocupados por cierta impresión tan grata, al par que melancólica, ante la contemplación de su conjunto." Estas últimas palabras hacerlas resaltar. Impresión grata; pero melancólica. Grato pensar en Gabriel; pero profundamente melancólico. Esa melancolía es la que invade todas las tardes a los tres amigos al final de sus charlas ante la isla. Y una tarde, cuando están más embebidos, ocurre algo que les llena de asombro.

La isla de humo azul se trasfigura. Ya no es la isla de antes. Ahora los tres amigos parece que tienen delante de los ojos un cuadro de Poussin. Un cuadro en que se pintan los apacible campos, donde los inmortales pasean entre mirtos y laureles. Magia en Tabarca. Los Campos Elíseos. Y una barquita de vela blanquísima, que se ha despegado de la isla y que se va acercando. Un pañuelo que se agita en el azul del mar y del cielo. Gabriel Miró. El amigo

querido, que viene hacia nosotros, que está ya entre nosotros, que sonríe con su dulce bondad entre nosotros. Como la cosa más natural del mundo ahora; si antes asombrados, ahora hablando con la mayor naturalidad. Los ojos claros y azules de Miró; su voz sonora, con inflexiones de reconversión amistosa. Reconversión, porque él cree que le hemos olvidado. La tarde va cayendo con una inmensa serenidad. Ha llegado el instante de la separación. Gabriel sonríe con melancolía y se agacha sobre la arena. Cogió tres conchitas humildes, y en la concavidad de cada una de ellas escribe: "27 de mayo de 1930". Y luego, con la misma sonrisa de melancolía nos entrega a los tres una de estas conchas.

Y la navécita parte de nuevo. La tarde ha caído; brilla un lucero. Es todo oro en el mar y en el cielo. Otros pañuelitos blancos se agitan en la isla llamando a Miró. Y Miró va lentamente, muy lentamente, en esta barquita de la Eternidad.

A z o r / n

Naturalmente, esta vez tendré que hablar de arte...

(Viene de la página 40)

bir un arte que se realice en el ser sustancialmente al lado del que se realiza en el obrar, cuando una forma o función añade a la utilidad de la especie una complacencia narcisista? En la danza y en el cinematógrafo el artista mismo es la materia de la obra de arte. Un estudio prolijo de la conducta de los animales, de la psicología animal, como a veces decimos efusivamente, nos permitiría enriquecer estas leves sugerencias con abundantes ejemplos de alguna amenidad y no escaso mérito probatorio. Baste repetir a ustedes que si hoy somos la especie conquistadora del planeta poco faltó para que otras que nos preceden en millares de siglos nos hubieran privado de esta posición envidiable. Estudiando el por qué algunos insectos de ingenioso instinto no se apoderaron de toda la sobrehaz de la tierra creí reconocer una explicación, más decisiva tal vez que el sistema de oxigenación que limita su crecimiento, en el hecho de perpetuarse por genitores que se aíslan de la experiencia vital, por seres parásitos que no pueden adquirir novedad alguna. Es lo que ocurre en hormigas y termitas, que han especializado la función genésica en individuos apartados de otra actividad, causando así uno a la manera de suicidio de sus funciones psíquicas, con el cual salvaron la existencia del hombre.

Mas es necesario detenernos en esta pendiente deleznable de las generalizaciones hipotéticas, pues con poco iríamos hasta los dominios del reino vegetal, y tendríamos que pedir recursos a las ingeniosas pesquisas de Sir Bose sobre la psique de las plantas. Basten a mi pensamiento las anteriores lucubraciones para indicar lo indefinible de las fronteras en este estudio, como en todos los que persigue la curiosidad inagotable y benéfica del hombre culto.

Sería también prudente observar que la palabra "narcisismo" no vale sólo como una imitación de las apariencias de la vida, pero como esto y además estímulo de cuanto la sirve, y goce ezultante de su desenvolvimiento y proyecciones más remotas. Al vivir en el arte una verdadera creación nos complacemos, artistas y espectadores, en la vida que dentro de nuestro espíritu o delante de él surge con la autarquía que le es peculiar e indispensable. La genuina obra de arte conduce al creador y al espectador con una lógica de su

devenir que no puede romperse ni desviarse de su fin consecuente. Y este ritmo de vida que el arte posee de suyo es como una vida "a latere" de la nuestra, un conjunto de funciones gemelas de nuestro organismo que lo hacen interesante y apetecible. Nuestra vida se siente imitada y dilatada como una madre, y esa maternidad no sólo le produce un goce narcisista de contemplación, sino un goce de eficacia, un narcisismo de creación y de fecundidad: ¿No hay, pues, en la procreación del hijo un narcisismo de nuestra entidad individual?

Quizá la danza fue una de las primeras artes que aparecieron en el hombre primitivo. Y si hoy es apenas un vago deleite que el ritmo idealiza y la sensualidad exalta con especias sutiles que la evocan refinadamente, en todo tiempo fue para el salvaje una embriaguez y un trance que le subyugó en tremenda agonía de misterio y de pasiones: rito religioso y mágico, simulacro del amor y de la guerra, en ellas se reflejó siempre la vida con una exuberancia narcisista, depurada y reforzada, triunfante o dolorida, juvenil y fecunda. En la danza ritual de los "velorios", despedida de los muertos, es vida simbolizada que golpea contra el muro silencioso de lo arcano, gesticula y grita para espantar enemigos y apartar escollos al alma migradora en un simulacro del presente: Narciso que quisiera contemplarse en la fuente sin rumbo de la eternidad.

La arquitectura parece ser más difícil de reducir a un narcisismo de la vida. La vivienda humana mientras fue mero albergue, ora copiado del follaje protector del árbol, como sugiere el bohío de techumbre cónica, ora de la gruta, como vagamente lo presupone el templo horizontal y penumbroso, o espontáneo desenvolvimiento de formas que surgieron en la fantasía del hombre ante los materiales que se ofrecían a su ingenio, no fue arte. Lo fue luego cuando estilizó un estado espiritual, idea o sentimiento. En la evolución de la arquitectura doméstica se sigue una constante diferenciación de funciones: en un principio todo hallábase conjunto al rededor del hogar, alimentación, conversación, juego, reposo... De su división surge la alcoba, la sala, el comedor. La casa va creciendo y reclamando una ordenación de variedad dentro de su unidad. La

luz, el aire, la defensa, el decoro, la comodidad, la elación estética, una por una las necesidades fundamentales del hombre se crean su porción de casa en muros y techos, puertas y ventanas, azoteas y balcones, colores y líneas en fin, que van encubriendo decorativamente la tosca estructura de los elementos, hasta venir a ser lo que hoy se ve en ella, espejo de la vida individual de quien la habita, del pueblo y de la época en que existe.

Y si miramos al templo, producto más desinteresado de esta rama del arte, le vemos reflejar los conceptos y los sentimientos del hombre en estilización más independiente. No puede decirse aventurada la opinión que lo considere como una calcomanía de lo que cada pueblo entiende ser las relaciones entre la divinidad y el hombre: choza donde el shaman esconde sus fetiches; celda en que un simulacro del dios recibe alimentos y perfumes; abovedados espacios inmensos para simbolizar la comunión en el infinito entre Dios padre y las iglesias triunfante y militante de sus criaturas; enhiestas torres que escalan fervorosas el azul, morada del "Altísimo"; espacio de prodigiosa amplitud para toda la grey de la urbe y hasta del católico conjunto.

En la hora actual, cuando somos transeúntes rivales, sin vínculo de fe ni de leyes unívocas, espíritus erráticos en religión y en filosofía, en moral y en arte, viajeros de un Sahara vagamente iluminado de espejismos, la arquitectura florece en el hotel, en el banco, en la estación de ferrocarril, en la casa de oficinas, en el almacén y en el buque, en cuanto dice juntarse sin verse, rozarse sin sentirse, hablarse sin entenderse, espejo de un mundo desintegrado y caótico en que la fastuosidad y la grandiosidad reproducen en cemento armado la anonimidad de multitudes sincronizadas en un vaivén inane.

La pintura y la escultura, ¿qué son sino encomio de lo que ya se tiene o anhelo de lo que el instinto y los afectos elevados buscan en la vida? Cuando el proto-ario del mediodía europeo trazó bisontes, esculpió renos, modeló caballos y copió de sus mujeres un símbolo de divinidad fecunda, vertió en la roca, en la greda y el marfil el contenido de su conciencia penumbrosa todavía, las fórmulas rituales de su magia, casi todo el horizonte reducido de una sociedad elemental en lucha con las fieras, la intemperie y el hambre, tan profunda y sagazmente como un contemporáneo nuestro evoca en el paisaje o en el rictus de una efigie los conflictos de emoción y de ansiedad que están trizando sus nervios; y así vemos que a medida que el alma humana extiende su noción del mundo y ensancha el contenido de la personalidad va el arte copiando esa complicación y la otra magnitud, inventa las perspectivas espacial y lineal, utiliza la cadencia de los colores, aprovecha el claroscuro para revelar reconditeces espirituales, aprehende y humaniza el paisaje para darle un contenido de inefables sugerencias, capta, en fin, las sombras coloreadas y los valores luminosos de los seres para introducirse mejor en la realidad de los aspectos de la naturaleza y analizarlos como entidades vivas, al modo que las almas se contemplan y distinguen en la etapa actual de la psicología. Ni de otra manera ocurre en el desenvolvimiento histórico de la música. El alma de los primitivos, estructurada en unas decenas de hábitos rudamente simbólicos, huraña, sufrida y aherrojada a un fatalismo irrecusable, se expresa en ritmos de tosca consonancia y en la melodía quejumbrosa de su canto. ¿Y qué más triste sobre la haz de la tierra que ese canto? Es como si el hambre y el frío, el castigo injusto y la traición se enlazaran en un trémolo de desolación crepuscular.

Y así como en la pintura fue reflejándose el ensanchamiento de la personalidad, también la música creóse mayor amplitud en la armonía, dióse inmenso espacio en el contrapunto, moduló la voz de la naturaleza unisona con afectos rítmicos del corazón hasta producir, en acción paralela con la literatura, la sinfonía universal y el drama épico.

El producto de tal evolución confirma también